

Por Renán Silva

Departamento de Ciencias Sociales
Universidad del Valle

GONZALO SÁNCHEZ, *EL CONOCIDO* investigador de la historia contemporánea de Colombia, ha publicado un libro importante que puede llegar a ser, en relación con ciertas formas tradicionales de interpretación de la historia nacional, un punto clave de reorientación y el comienzo de reflexión sobre nuevos objetos, o de un tratamiento nuevo de objetos que cuentan ya con alguna mínima bibliografía de calidad. Se trata, además, de un ensayo comprometido, en el que Gonzalo Sánchez vuelve a mostrar no sólo pasión por la historia de su país, sino además una voluntad enorme de volver a examinar muchos de los análisis que viene proponiendo desde hace más de un cuarto de siglo, incluyendo algunos correctivos de ciertas de sus “tesis” que han tenido gran impacto en la historiografía de la violencia.

Bajo el impacto de tan sólo una lectura de este texto profundo, dedicado a un tema que nos compromete tanto, como académicos y como ciudadanos, y cuyos análisis con toda seguridad van a estar —o deberían estar— en el centro de algunos de los problemas más agudos que en los próximos meses se discutirán en Colombia —el proceso de paz, bajo el ángulo de la reparación, el perdón y el olvido—, quisiera presentar algunas observaciones y dudas surgidas con relación a un texto cuyo espíritu y orientación comparto, aunque per-

manezca con dudas frente a algunas de sus proposiciones mayores, sin ignorar desde luego que Gonzalo Sánchez presenta su ensayo como un intento de elaborar preguntas, antes que de ofrecer respuestas.

Desde las páginas iniciales —en un lenguaje sincero, pero sin necesidad de “dramatizar” lo que ha sido la trayectoria vital de miles de colombianos— y antes de entrar en materia propiamente dicha, el investigador recuerda su propia relación —y la de su familia— con la Violencia: Gonzalo es, como muchos otros, un “hijo de la violencia”, corrido de su Líbano natal, refugiado en Bogotá en un albergue de niños. Hijo de un campesino pobre, sin mayor educación formal, y de una mujer que llegó a ser maestra rural, Gonzalo se educó en la universidad pública, fue militante de izquierda —orientación que mantiene— y forma parte de un grupo de colombianos talentosos que a finales de los sesenta y principios de lo setenta continuó la sólida formación recibida en la Universidad Nacional de Colombia, en universidades extranjeras de primer orden, que además de darles un cierto cosmopolitismo y ofrecerles posibilidades comparativas de la historia del país, los introdujo en una idea de rigor, de respeto por los hechos y de interés por la verdad que, más allá de las ideologías, les brindó un cierto ideal de objetividad —algunos dirían que se trata de “positivismo”—, que atemperaba las tradicionales tendencias políticas “sectarias” que heredamos de la Contrarreforma católica y del mo-

delo de evangelización de los siglos XVI y XVII. Una cierta dosis de “positivismo”, que tanta falta nos hace, y que es en parte uno de los elementos que hoy permite una reflexión madura, pausada y responsable como la que ofrece este libro, a pesar de las urgencias que nos impone el presente —sin que ignoremos que el mismo “tour europeo”, sobre todo francés—, también produjo la aridez y el dilantismo que son inevitables en las ciencias sociales cuando la reflexión no se relaciona orgánicamente con ningún programa de investigación empírica.

Pequeño libro de síntesis, *Guerras, memoria e historia*, constituye, como lo dice el autor, un “intento de darle un sentido de conjunto” a una obra ya larga en el tiempo. Propósito loable. Propósito posible porque, a diferencia de muchos intentos improvisados de “síntesis” sobre temas tan escurridizos como éste de la “memoria nacional”, realizados por gentes que no cargan sobre sus espaldas un *largo programa de investigación*, Gonzalo Sánchez llega a él luego de una larga reflexión que tiene como base un ejercicio nunca abandonado de trabajo empírico y de análisis teórico.

El objeto central del texto es la “memoria nacional” —objeto del que se reconoce, en la línea de Tzvetan Todorov, su carácter altamente problemático, pues en su nombre “se han perpetrado los peores crímenes”—, en sus relaciones con la guerra y con una sociedad que ha conocido de manera repetida conflictos armados. De hecho, Gonzalo Sánchez se reafir-

ma en la discutible expresión de “cultura de la violencia” –“no necesariamente en el sentido de una naturaleza violenta del hombre colombiano, sino al menos de una tendencia históricamente identificable, explicable y recurrente de la guerra”, según escribe–, y buena parte de su interpretación de las características de la “memoria nacional” las construye tomando la guerra –ni siquiera el conflicto– como el determinante mayor de la “memoria nacional”, aunque, un poco paradójicamente, la aspiración del texto sea la del “rechazo a una idea de pasado inmóvil e instrumentalizado, que nos devuelva el sentido de identidad y pertenencia y la confianza en el futuro” –ideas estas últimas, las de “identidad y pertenencia”, con las que el autor se acerca peligrosamente a uno de los temas que en los últimos tiempos más han desorientado a la historia y a las ciencias sociales.

Es una opción repleta de consecuencias, si la expresión “cultura de la violencia” –a pesar de todos los matices que el autor indica– guarda el estatuto riguroso que por largo tiempo ha tenido en las ciencias sociales, a pesar de la superficialidad y falta de historicidad con que de manera reciente la noción ha sido tratada, ya que en el vocabulario sociológico e histórico actual, la noción es traída y llevada para referirse a cualquier fenómeno social, por fuera de su amplitud, de su duración y profundidad.

Y es una opción comprometida, si es cierto el propósito –explícito en el libro pero desarrollado con cierta ambigüedad– de contradecir el pronóstico que se ha hecho acerca de la suerte fatal de los habitantes de Macondo (a quienes, como se sabe, no les queda ninguna esperanza sobre la tierra), una visión en la que se encuentra hace tiempo encerrada parte de las interpretaciones del pasado nacional, presuntamente sometido a un tiempo

circular, al “eterno retorno de lo mismo” –la violencia y la guerra–, aunque la fuente de tal visión no sea ni principal ni exclusivamente el autor de *Cien años de soledad*, pues esa visión también fue fabricada por los viejos líderes campesinos que habían tomado las armas, primero en las filas del liberalismo y luego en las de la autodefensa guerrillera, y por aquella juventud urbana que no se sintió representada en el Frente Nacional, y quienes consideraron –con razón– al Frente Nacional como pacto elitista, danza de los mismos con los mismos, mientras se ignoraba a las principales víctimas del conflicto y se eludía cualquier castigo para los responsables de la tragedia nacional. Visión reiterada luego, a principios de los setenta, en las universidades públicas ante todo, sobre la base de un “marxismo” pedestre que aún perdura, y que encontró una forma altamente racionalizada que numerosos textos de historia, sociología y antropología se encargarían de difundir entre más de una generación de estudiantes universitarios y de secundaria, hasta colocarla como interpretación dominante, a la que sólo se oponía una visión “pacificada” de la historia nacional que hacía del país, en la prensa y en los libros de las Academias de Historia, el paraíso de la democracia y de la civilidad, simplemente porque había elecciones, alternación en el gobierno y “milimetría” en los puestos públicos.

El punto es importante, además, si se tiene en cuenta que, como me parece puede demostrarse, se recuerda que Gonzalo Sánchez ha sido no sólo un comprometido intelectual de izquierda que se pronuncia públicamente como académico y ciudadano sobre el curso político del país –por ejemplo enjuiciando los elementos más discutibles de la actual política de seguridad democrática–, sino

uno de los más firmes impulsores de la ruptura (necesaria) de todo lazo entre la intelectualidad crítica del campo académico y la izquierda armada que declara el bloqueo de toda forma de acción legal y el carácter irreformable del establecimiento por alguna vía distinta a la de la violencia.

Tengo la impresión de que, a pesar de que la llamada “cultura de la violencia” se considere como una tendencia históricamente identificable, al lado de otras tendencias (“pacifistas”, “civilistas”, “legalistas”), el acento sigue siendo puesto en el lado de la violencia y de la guerra, por la sencilla razón de que la “memoria nacional” se liga en el texto principalmente con el fenómeno de la guerra, y porque, tal vez por el objeto central del ensayo, las tendencias que se oponen, se separan o muestran otra dirección son simplemente mencionadas –a veces dejadas de lado– en beneficio del infernal círculo macondiano del “eterno retorno”. Como es posible también que dicha tendencia sea la consecuencia de un tratamiento del problema de la “memoria nacional” ligado con exclusividad al período llamado de la Violencia, dejando de lado episodios clave del propio siglo XX que mostrarían un potencial de acuerdo y entendimiento como el que puede comprobarse a principios del siglo XX, pasada la Guerra de los Mil Días, y que sin duda se extiende como condición importante de la vida política hasta finales de los años veinte y no se quiebra de manera definitiva hasta mediados de los años cuarenta. Como ha hecho notar Malcolm Deas, con una fórmula de gran finura lingüística y de profundo sentido crítico:

De ahí que sea prudente comenzar con una aseveración tan poco radical como “Colombia ha sido, a veces, un país violento” [...] Un grupo de ornitólogos que viajó

a lo largo del país durante la segunda década de este siglo [XX] dejó expresa constancia de que se sentían seguros y a salvo de la posibilidad de asalto o aun de robo menor. Quizá contaron con suerte o quizá los colombianos no tenían el menor interés en asaltar ornitólogos, pero aun tratándose de una evidencia tan subjetiva como ésta no debería desecharse a la ligera como usualmente lo hace una historiografía dominada en los últimos años por el deseo de encontrar antecedentes históricos que expliquen la violencia reciente: los historiadores hallan a menudo sólo aquello que están buscando. (Malcolm Deas, *Intercambios violentos. Reflexiones sobre la violencia política en Colombia*. Bogotá, Taurus, 1999, p. 16).

Las mismas comprobaciones se pueden hacer en relación con períodos precisos del siglo XIX, que no son ni los de la Guerra de Liberación ni los de las guerras civiles, y que muestran episodios sorprendentes de convivencia, sobre todo si se atiende al contexto social y cultural de ese entonces. Así por ejemplo –ejemplo particular pero muy significativo– en lo que tiene que ver, como alguna vez lo recordaron Frank Safford y David Bushnell, con la colaboración que la Iglesia Católica brindó a las recién llegadas a Bogotá Sociedades Bíblicas Protestantes, las que por un tiempo, a principios del siglo XIX, pudieron desarrollar con toda calma sus tareas proselitistas. Caso similar, pero de mayor amplitud, a principios del siglo XX en el Valle del Cauca, en donde las iglesias protestantes entraron a formar parte, junto con sindicalistas, socialistas y liberales, del vasto campo de la disidencia frente al “establecimiento” político conservador, dándose la experiencia magnífica de compartir, como en el municipio cafetero de Restrepo, sus escasos recursos: un local que entre sema-

na funcionaba como escuela pública, los sábados de mercado como sitio de actividad política y sindical, y los domingos como lugar de culto.

Desde luego que el procedimiento de los contraejemplos no nos lleva demasiado lejos en términos argumentales, y además otros contraejemplos son conocidos y a veces anotados por el autor de *Guerras, memoria e historia*, cuando recuerda las formas de “pactismo”, “convivialismo” y “consensualismo” que han existido en el país. Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿Y si se tratara de algo más que de contraejemplos que nos ayudaran a desatar el lazo, al parecer aceptado como condición estructural, entre guerra y memoria (la “cultura de la violencia”)? ¿Si se tratara por ejemplo, de abrir la reflexión a otras formas –en parte sugeridas en el libro de Gonzalo Sánchez– de entender las articulaciones entre orden y violencia, de examinar sus contigüidades, conexiones y combinaciones? ¿Si se pudiera, por ejemplo, establecer esa serie de relaciones entre memoria y sociedad en un marco espacial más amplio, multiplicando las situaciones y los contextos, y no haciendo siempre y en todo lugar del “trauma de la violencia” el punto de articulación? –Nada de lo cual quiere decir que se vuelva a expulsar de la escena la necesaria reflexión racional sobre nuestro pasado (y presente) “violento”. Tan sólo que esa violencia puede ser reflexionada en otro marco de relaciones, por ejemplo en el marco más amplio del proceso de formación del Estado-nación, comprendido más allá de los episodios de violencia partidista, de lucha por la tierra o de los enfrentamientos clasistas, fenómenos que, desde luego, se encuentran incluidos, como variantes y especificidades del proceso de formación del Estado, y aun de constitución de la sociedad.

Es interesante notar que la *sociedad colonial* –más o menos un período de tres siglos, básicos para la formación de lo que llegará a ser la sociedad colombiana– no se mencione nunca en el texto de Gonzalo Sánchez, pues para declarar la “cultura de la violencia” como por lo menos uno de los rasgos del “hombre colombiano” –la expresión es del autor–, habría que saber también cómo ocurrieron las cosas en esa sociedad. Habría, por lo menos, que saber cuál fue la memoria que los grupos indígenas guardaron de la guerra de exterminio que contra ellos se libró durante los siglos XVI y XVII (memoria de las sociedades indígenas, quiero decir, y no memoria “puesta al día” y acomodada por quienes se declaran hoy sus descendientes); como habría que saber de qué manera los diferentes “órdenes” (el mundo de las castas) y en general la “república de los españoles-americanos” se relacionó con la ley y con el derecho. Recordemos que esa sociedad fue por excelencia la sociedad del formulismo y casuismo jurídicos, y una sociedad de extrema formalización y ritualización de las maneras de “reclamar” y de “representarse”, al punto que mucho de lo que después se llamará el “formalismo jurídico santanderista”, tiene que ver no tanto con los comienzos del republicanismo en el siglo XIX –mucho menos con pretendidos rasgos idiosincrásicos (que además habría también que explicar)–, sino con la práctica de la ley, en una sociedad de leyes, como lo era la sociedad colonial.

Incluso, admitiendo el uso posible –que de hecho es posible– de recortes temporales menos ambiciosos –y en parte menos especulativos–, habría que señalar aun con mucha más precisión, no simplemente lo que la gente recuerda y ni siquiera las formas, momentos y lugares en que recuerda, sino, ante todo, las políticas (de los partidos

políticos, de la Iglesia, del sistema educativo, y modernamente de los medios de comunicación) que a lo largo de la historia del país han organizado y modelado las memorias, pues ahí podríamos descubrir la “parte del león” de los poderosos, su responsabilidad, el camino del odio impuesto al llamado “hombre colombiano”, del que hay muchos indicios para pensar que es más “perdonador” y “convivialista” de lo que podría pensarse, cuando la memoria popular o ciudadana logra de alguna manera separarse de la política del odio o del sectarismo, a lo que en ciertos periodos se le ha condenado por su dirigencia política y espiritual.

Abordo ahora un punto que no por conocido resulta menos notable en el texto de Gonzalo Sánchez, y que se refiere al problema clave de la historiografía y la sociología nacionales. Se trata de la diferencia entre *historia vivida* (memoria) y *análisis histórico*. Con toda pertinencia, en páginas bien concebidas, el texto recuerda la existencia de una diferencia mayor entre estas dos dimensiones, aunque sin insistir, como creo que debe hacerse, en el hecho de que en buena parte del análisis académico las dos dimensiones han estado relativamente confundidas. Siguiendo la lógica del razonamiento del autor, e incluso recordando algunos de sus propios análisis, se puede decir que entre la “historia-memoria” siempre particular y ligada a grupos específicos, que la conciencia común ha construido (o que se le ha impuesto) y el *análisis histórico* de pretensión objetiva, las diferencias han sido mínimas, y que bajo la forma de “historia” y “sociología” lo que hemos tenido ante todo es la transcripción semi-sabia de algunos de los temas más comunes del relato unilateral que constituye la memoria fragmentada de grupos

particulares, de tal manera que, por ejemplo, entre el “oligarca” que gritaba Jorge Eliécer Gaitán, el “oligarca” que repetía el pueblo liberal y el “oligarca” que registra el historiador de oficio, o el periodista, las diferencias son mínimas –si es que existen–, lo que pone de presente que el proceso *reflexivo* y *objetivante* que debería caracterizar el análisis social, en muchos de los casos ha sido sustituido por la simple *transcripción estilizada* de los “hechos de memoria”, y que han sido las memorias de grupo, por fuerza unilaterales, las que han estado en el fondo de la construcción intelectual, sociológica e historiográfica, a la manera de un *inconsciente histórico primario* que nunca se interroga sobre sus fundamentos y su proceso de formación en los propios marcos culturales de la sociedad.

Este proceso ha sido descrito con toda corrección por Daniel Pécaut –muchos de cuyos análisis se encuentran como soporte del texto de Gonzalo Sánchez, como éste lo reconoce con justicia, aunque los dos análisis no coincidan completamente–:

La tesis que yo pretendo sostener a propósito del caso colombiano es que los fenómenos de la violencia, los de los años cincuenta o los recientes, no han dado lugar a un relato histórico ampliamente reconocido que pueda servir de soporte al trabajo de la memoria. Lo que aparece como relato histórico reproduce relatos de memoria más o menos elaborados, y pretende encontrar en ellos la prueba de su autenticidad. Recíprocamente, las memorias se modelan sobre los lugares comunes que subtienden el relato histórico, recogiendo fragmentos y tratando de integrarlos. (Daniel Pécaut, “Memoria posible, historia posible, olvido imposible”, en *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión*. Medellín, Hombre Nuevo/Universidad del Valle, 2003, p. 128.

Daniel Pécaut dirá a continuación que esa *vulgata* histórica, difundida por ensayistas, periodistas y líderes de opinión –pero también por investigadores de la academia–, destruye la diferencia entre relato de la memoria y análisis histórico, construido según los criterios del conocimiento histórico, y señala de manera conclusiva que la *vulgata* “retranscribe las categorías de la memoria mítica... y las alimenta”.

La lección que en este punto habría que sacar es la de que no es suficiente racionalizar la experiencia de la violencia, para poder colocar entre paréntesis, por lo menos provisionalmente, la memoria que de ella se guarda, una memoria que, para *ciertas generaciones de colombianos*, constituye el núcleo que construye, determina y limita toda su imaginación y su capacidad de análisis. En buena medida, los análisis históricos sobre la violencia en Colombia han corrido por cuenta de muchos de los hijos de la Violencia con mayúscula (la ola de conflicto y guerra que se abre hacia 1945), quienes llegados al mundo universitario y de la investigación han querido dar *testimonio de sus orígenes* –incluida su novela familiar– en el registro del análisis, no siempre fácil de separar de la contestación política, y por ello doblemente exigente en cuanto a sus condiciones de objetivación y reflexividad.

Cuando se hace un recorrido sobre la reciente sociología, literatura e historiografía colombianas y se examinan los libros que más han cautivado al público estudiantil –y aun más allá–, se confirma que aquellos textos que se encuentran más emparentados con algunas de las creencias dominantes entre los jóvenes que escuchan, por ser núcleos fuertes de la memoria colectiva de las dos o tres recientes generaciones de colombianos, son los que encuentran mayor favor. Así por ejemplo, en los años sesenta, en

contra de la objetividad atemperada alcanzada por la obra de Jaime Jaramillo Uribe, el favor de los lectores siempre estuvo con don Indalecio Liévano Aguirre, autor de una historia revisionista que denuncia a los oligarcas y a la Iglesia, y exalta al pueblo que se levanta contra la tiranía en la revolución de los Comuneros. Y en los años setenta y ochenta, no fue la obra difícil y por momentos árida, pero de gran objetividad, de Germán Colmenares, la que despertó el entusiasmo de los lectores —difícil imaginar a un militante político universitario de los años setenta emocionado con un cuadro estadístico de la producción minera de un real de minas en Nóvita a finales del siglo XVII—, sino las conocidas síntesis de “historia marxista” del pasado nacional, como la muy difundida, aunque ajena al más mínimo esfuerzo conceptual, de Hugo Rodríguez, titulada *Elementos críticos para la interpretación de la historia de Colombia*. Y en los años ochenta y noventa, han sido autores como Alfredo Molano y como Arturo Alape —al lado de

Orlando Fals Borda, en sus textos más simplificadores— los verdaderos ídolos del público estudiantil, pues sus traducciones de la “historia vivida”, concretada en su apego a la historia oral, al testimonio popular, a la frase contestataria y a la “toma de posición por los humildes”, los coloca en el centro de la atención de quienes escuchan o leen lo que quieren oír y leer, sin que la pregunta por las condiciones de validez argumentativa, de verificación empírica o de juicio crítico tengan ninguna pertinencia.

Hoy mismo, el frágil margen de distancia y objetividad, conquistado con tanto esfuerzo en los años pasados por una generación de estudiosos sociales, vuelve a verse amenazado, por el olvido de la diferencia entre historia vivida e historia construida, ahora mismo propuesto como un programa progresista para las ciencias sociales en el país, por el populismo y por la llamada “actitud posmoderna”, que postulan como su más firme bandera la construcción de memorias parciales de grupo, la descon-

fianza hacia toda forma de objetividad —considerada siempre como amenazante objetivismo positivista— y la entrega de la “palabra al nativo”, para que enuncie su *relato*, relato que tendría las mismas o superiores condiciones de verdad que la construcción histórica que, con criterios diferenciales, intenta producir la investigación histórica.

Tanto Gonzalo Sánchez como Daniel Pécaut postulan la posibilidad de construcción de un relato común, de una “memoria social” apoyada en relatos menos parciales, en donde la función de identidad de grupo, de consolación y de racionalización sea atemperada por la introducción de por lo menos cierta dosis de objetividad, de unicidad, de periodizaciones racionales, de principios de verdad, criterios que por lo demás son la gran barrera contra la instrumentalización a que siempre aspiran las “políticas de memoria y olvido”. Propósito loable, que debemos compartir, aunque reconocemos su dificultad.